

“Lo decisivo se juega en el presente”. Un diálogo con Alejandro Cattaruzza sobre las representaciones colectivas y los usos del pasado en Argentina

*María Laura Amorebieta y Vera**
*Pamela Sofía Dubois***
*Nicolás Herrera****
*Emmanuel Kahan*****

Resumen

En esta entrevista realizada al historiador argentino Alejandro Cattaruzza nos adentramos en su trayectoria personal y profesional para luego abordar una serie de temas y problemas teórico-metodológicos vinculados a los procesos de construcción de representaciones colectivas y los usos del pasado, a las disputas que se libran a su alrededor, así como a los modos en que aquellas representaciones y usos logran legitimidad, circulan y son recibidas en el espacio público.

Palabras clave: Cattaruzza, representaciones colectivas, usos del pasado, Argentina

“What is decisive is played out in the present”. A dialogue with Alejandro Cattaruzza on the collective representations and uses of the past in Argentina

Abstract

In this interview with Argentine historian Alejandro Cattaruzza we delve into his personal and professional career, and then address a series of theoretical and methodological issues and problems related to the processes of construction of collective representations and uses of the past, the disputes that are waged around them, as well as the ways in which these representations and uses gain legitimacy, circulate and are received in the public sphere.

Keywords: Cattaruzza, collective representations, uses of the past, Argentina

Fecha de recepción: 27-12-2023

Fecha de aceptación: 04-06-2024

* Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Argentina. E-mail: lauraamorebieta@gmail.com

** Instituto de Historia del Arte Argentino y Americano (IHAAA). Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS). Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Argentina.
E-mail: pamela.sdubois@gmail.com

*** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNA). Argentina. E-mail: herreranicolas@hotmail.com

**** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS). Argentina.
E-mail: emmanuel.kahan@gmail.com



La entrevista a Alejandro Cattaruzza que publicamos a continuación fue realizada de manera virtual en noviembre del año 2021. La misma formó parte de las actividades desarrolladas por los/as integrantes del proyecto de investigación titulado "La Historia Reciente y los usos públicos del pasado: militancias, etnicidad y políticas de memoria desde/ en América Latina" (IdIHCS-UNLP), dirigido por la Dra. Patricia Flier y el Dr. Emmanuel Kahan. Como sugiere el título del proyecto, la noción de usos del pasado articulaba el trabajo de investigación realizado al interior del mismo. En este sentido, cuatro de los/as integrantes de ese proyecto nos propusimos dialogar con Cattaruzza sobre algunos temas y problemas teórico-metodológicos vinculados a los usos del pasado.

Alejandro Cattaruzza es un historiador, docente e investigador argentino cuyas líneas de trabajo se enmarcan en la historia cultural y política argentina del siglo XX, con especial énfasis en los procesos de construcción de representaciones colectivas en torno al pasado. Cattaruzza fue profesor Titular de la Cátedra Corrientes Historiográficas Argentinas y Latinoamericanas de la Universidad Nacional de Rosario y, actualmente, se desempeña como profesor Titular de la Cátedra Teoría e Historia de la Historiografía en la Universidad de Buenos Aires. Entre los cargos de gestión ocupados se destacan el de Vicedirector (2012-2018) y Director interino (2018-2019) del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", perteneciente a la UBA-CONICET. Asimismo, cabe señalar que Cattaruzza es Investigador Independiente del CONICET.

Entrevistadores/as (en adelante, E): En tu artículo "El pasado como problema político" señalás que "es muy probable que lo que aquí puede aparecer como el desarrollo consciente, premeditado, ajustado, de una especie de programa de investigación vastísimo, pero simultáneamente muy detallado, haya sido, en cambio, y en mi caso, una serie de esfuerzos más sujetos al azar, más condicionados por avatares colectivos y personales, más errático e inconstante" (Cattaruzza, 2017, p. 61). Nos gustaría empezar por acá, contándonos cómo fueron los inicios de tu experiencia intelectual. ¿Qué características tuvo ese entrecruzamiento de avatares colectivos y personales en los comienzos de tu carrera? ¿De qué manera ese entrecruzamiento te condujo a trabajar sobre los usos del pasado?

Alejandro Cattaruzza (en adelante, AC): Lo primero que tendría que hacer es ensayar alguna cronología sumaria de esos cruces entre los procesos colectivos y mi propia trayectoria, en una versión que, como todas las de este tipo, es bastante incierta. En 1973, un año significativo, estudiaba en el Carlos Pellegrini, un colegio secundario de la Universidad de Buenos Aires (en adelante, UBA); estaba en tercer año. En esa coyuntura se produjo mi encuentro con la política, con la militancia si prefieren, que es un encuentro que todavía dura, aunque con

modos e intensidades que fueron cambiando. Enlazado con él, también se afirmó entonces una sospecha que tenía, que indicaba que me gustaría estudiar Historia. Supongo que también podría haber sido Sociología o Antropología, pero me convencí de que en el futuro quería estudiar algo que tuviera que ver con las ciencias sociales. Finalmente fue Historia. Mi entrada a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA ocurrió en 1976, cuando se reabrieron las facultades, poco después del golpe de Estado. La cursada de mi carrera estuvo sujeta a las condiciones generales de la vida cultural en aquel período. Además, yo no tenía actividad política en la universidad, pero estaba militando en mi trabajo. Tuve un exilio breve en el '77, volví, retomé la facultad y terminé la carrera antes del fin de la dictadura. A comienzos de 1981 rendí las últimas materias.

De todas maneras, el gran cambio en la Facultad de Filosofía y Letras, el que modificó radicalmente el clima a finales de los sesenta y comienzos de los setenta, había tenido lugar entre 1974 y 1975, después de la muerte de Perón y a partir de la intervención de Ottalagano. A su vez, la formación que nosotros recibimos fue muy tradicional. Con pocas excepciones, como pudieron haber sido Historia Moderna y alguna otra, el horizonte bibliográfico apenas alcanzaba la producción de los primeros Annales, con poca frecuencia. En las historias argentinas diría que ese rasgo era más marcado aún. No faltaban docentes, incluso, que prácticamente entendían que los historiadores económicos eran inevitablemente marxistas. Y si bien en algún programa se filtraba algún libro, algún autor, ese no era un contexto particularmente favorable para la recepción de novedades historiográficas, al menos no de aquellas que en el horizonte internacional empezaban, desde comienzos de los años ochenta, a tomar a las memorias y la construcción de imágenes colectivas del pasado como temas de investigación para un historiador.

Pocos años después de terminar mi carrera tuvo lugar el fin de la dictadura. Durante el período abierto en 1984 y en los años siguientes se recuperaron lecturas y bibliotecas de los años sesenta y setenta y se pusieron en circulación trabajos más recientes. Entre esas producciones, paulatinamente, comenzaron a figurar las que atendían a los asuntos de las memorias colectivas y de la utilización de imágenes del pasado en disputas presentes, que luego ocuparon un lugar destacado. De modo que, en mi caso, los vínculos con esos problemas y esas perspectivas fueron posteriores a mi formación como profesor de Historia.

E: Hay algo de lo contingente en esa relación entre tu trayectoria personal y el contexto social.

AC: Así es. Me resulta muy difícil concebir esa trayectoria como fruto de un plan que hubiera construido a mis 15 o 20 años y que, además, hubiera logrado llevar adelante. Puede que le ocurra a alguna gente, pero no fue mi caso. Luego de recibirme, en 1981, trabajé como

profesor fuera de la facultad; a Filosofía y Letras de la UBA entré como ayudante en 1985. Allí se estaban produciendo unas cuantas novedades, algunas que remitían a debates de los años sesenta y setenta, se recuperaban perspectivas propias de la historia económica y social, se retomaba parcialmente la discusión de conceptos como modo de producción y formación económico-social, se volvía a trabajar sobre cierta bibliografía de época como el número 40 de los *Cuadernos de Pasado y Presente*, titulado "Modos de Producción en América Latina" (Sempat Assadourian, Cardoso, Ciafardini, Garavaglia y Laclau, 1973). Pero eso, como les digo, fue recién a mi vuelta a la facultad como ayudante.

Esa vuelta estuvo vinculada a la materia Teoría e Historia de la Historiografía por circunstancias de nuevo azarosas. Piensen que, luego de la dictadura, hacia 1985, por efecto del crecimiento de la matrícula en virtud de la reimplantación del ingreso irrestricto y del cambio –aún parcial– en los elencos docentes, se produjo una situación de frontera relativamente abierta para los cargos de ayudante que, sin embargo, eran *ad honorem* en buena parte. Así que lo de Historiografía fue casual: yo había conseguido, poco tiempo antes, un cargo en un profesorado en la misma materia y me pareció adecuado volver a cursar la asignatura en la facultad, informalmente, para ver qué novedades había en el escenario posterior a la dictadura. Aquella cursada terminó con una incorporación a la cátedra como ayudante al año siguiente, 1985. Entonces, la dedicación más o menos especializada a un área de este tipo, que es muy amplia, que tiene vínculos con muchas asignaturas, que puede exhibir una dimensión conceptual o teórica, no dependió de mí, sino de las alternativas laborales que se me presentaron. En absoluto me disgustaba la que me había tocado, pero como he comentado en otra ocasión, si se hubiera tratado de Historia Contemporánea o Argentina del siglo XX también hubiera estado muy dispuesto a dedicarme a ellas.

Esta otra dimensión, más vinculada a posibilidades y restricciones "externas" que a los deseos o la voluntad personal, estuvo también presente cuando comencé a dar clases en la Universidad Nacional de Rosario (en adelante, UNR), en la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes. Como le ocurre a cualquiera, el primer día que fui a dar clase allí, como profesor titular interino en la materia Corrientes Historiográficas Argentinas y Latinoamericanas, en 1989, no sabía que me iba a quedar unos veinticinco años en ese cargo. Empecé a trabajar a mediados de 1989 y en diciembre de ese mismo año estaba concursando el cargo. Me detengo un minuto en ciertos rasgos generales de esta situación, que era bastante similar a la de otros profesores que viajaban a Rosario, Córdoba y otras universidades del interior, en un contexto en el que las carreras de historia eran menos, diría muchas menos, que las que funcionan hoy, así como los elencos de profesores más acotados. Se trataba, en gran parte, de dedicaciones simples, no solo por límites presupuestarios sino porque dedicaciones mayores hubieran supuesto más obligaciones docentes y, quizás, traslados a aquellas ciudades. Viajábamos uno o dos días por semana o por quincena si se reunían dos clases, y era frecuente dictar seminarios además de las asignaturas. De manera que, a partir de aquellas fechas, fines

de los ochenta, yo era profesor adjunto interino en la UBA y profesor titular regular en la UNR, en ambos casos en el área de historia de la historiografía.

Mencioné anteriormente el concurso docente, y este es un punto importante: el sistema de concursos, una pieza central del ordenamiento institucional de las universidades ya en democracia, se puso en marcha lentamente. El trámite de convocatoria no era, ni es hoy, sencillo ni rápido: intervienen organismos de conducción de las facultades y las universidades, hay plazos fijados que deben respetarse, la disponibilidad de fondos también es un factor... En fin: el sistema de concursos se fue implantando, luego de la dictadura, paulatinamente. En ese sentido, haber concursado un cargo de profesor titular en el área de historiografía consolidó mi currículum y ratificó mi dedicación a estos temas.

Como ven, más que de un plan se trató de una serie de circunstancias, algunas de las cuales pudieron controlarse y hasta aprovecharse, pero otras no; algunas fruto de decisiones, otras accidentales. Nada que no ocurra en otros planos de la vida.

E: ¿Cuáles fueron tus primeros referentes, digamos, esos que no respondían a la mirada tradicional de la historia en la que te formaste durante el grado? En suma, ¿cómo fue ese encuentro donde vos dijiste “ah, es esto, es por acá”?

AC: Hoy en día, con algunos amigos que se dedican también a la historia coincidimos en que ese descubrimiento lo podemos ubicar, con una precisión de la que debe sospecharse, en la materia Introducción a la Historia que dictaba Pérez Amuchástegui cuando cursamos la carrera. Allí llegamos a conocer algo de la producción de los Annales y entre las cosas que leíamos estaba *Combates por la Historia* (Febvre, 1982) y lo que circulaba entonces con el título de *Introducción a la Historia*, que luego recuperó el original, *Apología para la historia o el oficio del historiador* (Bloch, 2001). A nosotros, que veníamos de colegios secundarios donde la historia se nos planteaba como una sucesión de acontecimientos y batallas, un formato que en general se repetía en las polémicas que libraban liberales y revisionistas en el escenario político-cultural, estas lecturas nos permitieron descubrir un modo distinto de mirar el pasado. Hoy coincidimos en que una de las observaciones que puso en palabras lo que sospechábamos, que era que había algo más, fue aquella obra de Bloch, donde sostenía que “la cuestión no es saber si Jesús fue crucificado y luego resucitó. Lo que se trata de comprender es por qué tantos hombres creen en la Crucifixión y en la Resurrección”. Y que el verbo fuera comprender nos resultaba también revelador.

Pero, como señalé, eran pocas las materias que proponían lecturas de este tipo, que asignaran a las convicciones, creencias, imágenes, mentalidades colectivas, referidas al presente o al pasado, un papel tal en la vida social que debía ser investigado. El encuentro más sistemático con las líneas de trabajo que mencionaba anteriormente, que a mi entender

forman parte de ese conjunto, tuvo lugar más tarde, en la coyuntura de la reeducación a la que voluntariamente nos sometimos una vez que comenzó el período democrático. No solo porque volvían a circular bibliotecas cuyas piezas habían estado en segunda línea, y algunas prohibidas, sino porque además comenzamos a interactuar con gente que había estado en la facultad antes del comienzo de la dictadura.

Por otra parte, Nora fue sin duda uno de los nombres relevantes para el sector de los estudios históricos preocupado por las memorias colectivas. Mi primer contacto con su obra se produjo fuera de la facultad. Fue a través de *Hacer la Historia* (Le Goff y Nora, 1978), que dirigió con Le Goff, en la edición de Laia; allí advertimos que había un montón de franceses que escribían sobre cosas interesantísimas, con cuyos trabajos, en general, no habíamos tenido contacto en las materias que cursamos en la facultad. De todos modos, el artículo de Nora estaba dedicado a lo que llamaba el retorno del acontecimiento, y era bastante anterior al comienzo de la aparición de *Los lugares de memoria* (Nora, 2009). Estoy hablando del año 1982, recién recibido; la edición francesa había sido de 1974. Laia la debe haber traducido en torno a 1980. En todo caso, una obra que permitía observar en qué estaba el complejo Annales e historiadores cercanos a comienzos de los setenta, en tiempos de la llamada Nueva Historia, nos llegaba casi diez años después.

Y otra zona de encuentro con esa producción, un encuentro más sistemático, devino más adelante del hecho de estar dando clases en materias vinculadas a la historia de la historiografía, y los compañeros y amigos de Rosario tuvieron mucho que ver en él: Alejandro Eujanian, Antonio Bozzo, con quienes trabajaba en la cátedra, y también Eduardo Hourcade, que no estaba en la materia sino a cargo de asignaturas cercanas, y Cristina Godoy. Diría que el punto de partida fue advertir que estábamos insatisfechos con la función que le tocaba a lo que puede llamarse la historia de la historiografía tradicional, que a nuestro juicio no podía ser más que funcional al orden académico, aún si se creaba un linaje que se pretendiera crítico; se le atribuía la tarea de señalar a los estudiantes qué obras había que leer y cómo hacerlo. Nos parecía también que había evidencia de que las personas construían imágenes del pasado en muchos ámbitos, con piezas que no eran solo los productos del historiador que trabajaba en la universidad, que había otros actores, otros agentes, otras representaciones que circulaban y eran utilizadas en las construcciones de representaciones colectivas del pasado. Luego, le fuimos poniendo nombres más precisos a estos fenómenos -y, quizás, más sofisticados, lo que no es necesariamente un avance-, pero la idea más fuerte era que el monopolio interpretativo del pasado no era detentado por la historia profesional y sus miembros -en cualquiera de las definiciones disponibles- en ningún ámbito nacional, ya que en todos ellos se registraban competencias y disputas con otros discursos que no eran los que ella producía o autorizaba. A eso había que sumar la interpretación de los textos referidos al pasado por públicos de masas; es sabido que en la lectura, la recepción y la interpretación se crean otros relatos y tiene lugar la atribución de nuevos sentidos. La cuestión que se insinuaba por debajo de tales

observaciones era que, si esto era así, y si nuestra pregunta apuntaba a aspectos sociales y colectivos -un poco en el sentido de Bloch, preocupados más por la creencia social en la resurrección que por Jesús-, el programa de investigación de la historia de la historiografía no podía limitarse a la producción profesional o a la historia académica. Y si bien se registraban algunas diferencias entre los casos nacionales, aquellos procesos parecían, en principio, la regla antes que la excepción.

De este modo, en el esfuerzo por abrir y ampliar la agenda de objetos de estudio de la historia de la historiografía, nos fuimos apropiando parcialmente de zonas de la producción disponible referidas a las memorias colectivas, a la invención de tradiciones, a los usos públicos de la historia, a la conmemoración (estatal o no) de ciertos pasados, al uso de la historia para la consolidación de identidades nacionales a través de la escuela (pero también de otros ámbitos), a las políticas de patrimonio, al papel de las visiones del pasado en la constitución de culturas políticas, a las resistencias, estridentes o en sordina que públicos ampliados, o ciertos grupos en particular, plantean frente a las imágenes del pasado que se les proponen, y también a los procesos de consolidación de los espacios de la historia llamada profesional. Era, sin dudas, un horizonte muy vasto, pero también muy desafiante.

E: Sobre esto último, referido a quiénes tienen la potestad sobre el pasado, cierta literatura académica señala la condición de maleabilidad que el pasado poseería y que, por lo tanto, habilitaría distintos usos. Sin embargo, algunos autores señalan que, si bien el pasado no estaría escrito en piedra, el mismo posee cierta materialidad que condiciona sus usos, como si los actores lo escribieran sobre arcilla. Es decir, no estaría escrito en piedra, pero tampoco tendría una materialidad completamente lábil, líquida. En tu libro *Los usos del pasado* (Cattaruzza, 2007) esta preocupación es señalada en varios pasajes. Allí, señalás que los actores involucrados realizaron un esfuerzo por ofrecer interpretaciones, pero que éstas, de algún modo, están condicionadas por la realidad. En suma, ¿qué es lo que le da consistencia o materialidad a ese pasado y a las representaciones que se construyen de él? ¿Es el sustento empírico, los hechos fácticos, por decirlo de alguna manera, lo que le otorga legitimidad a las representaciones sociales del pasado o esa legitimidad depende de las condiciones político-culturales del presente que impacten en la circulación y recepción de aquellas representaciones?

AC: Esta es una de las cuestiones centrales. Al mismo tiempo conviene acordar, aunque sea de manera provisoria, los sentidos que otorgamos a algunos términos. Les propongo distinguir dos fenómenos a los que puede remitir la pregunta. Por un lado, a la legitimidad en el sentido de la acogida en los ámbitos académicos, científicos, de una explicación de procesos pasados, que puede ser impugnada o discutida, pero que se supone construida de tal manera que amerita ser juzgada, considerada, aún criticada o desechada, pero que forma parte del

universo de explicaciones que merecen tenerse en cuenta en esos ámbitos. Esa legitimidad, que, insisto, no supone necesariamente una coincidencia con la interpretación ofrecida, sino el reconocimiento de que el modo en que fue construida hace posible, interesante, urgente, tenerla en cuenta y discutirla, depende, a mi juicio, de dos factores: la presentación de evidencia empírica y la construcción de una explicación, o de una respuesta al problema planteado, consistente. Y si bien esa recepción tendrá lugar, inicialmente, en el mundo académico, la interpretación en cuestión bien puede alcanzar ambientes más amplios y capturar auditorios más vastos. Este tipo de legitimidad, a mi entender, es la que está más atada a lo que ustedes llamaban sustento empírico o al plano fáctico, aunque también a los argumentos que buscan ofrecer una explicación.

El segundo sentido de legitimidad que sugiere la pregunta es el que provendría de la circulación y recepción de las representaciones del pasado, presumiblemente en zonas más amplias del público no especializado o, si se quiere, de grupos sociales extensos. Mi opinión es que, en este segundo sentido, la legitimidad no depende de la oferta de prueba empírica ni de explicaciones ajustadas, sino de lo que ustedes llamaron condiciones político-culturales del presente. Casi podría reemplazarse, en esta ocasión, representación legítima por representación exitosa del pasado. Hay muchos ejemplos, entre sectores amplios, pero también entre miembros de las elites estatales y sociales, de interpretaciones del pasado que no serían siquiera admitidas en un congreso de historia. Un examen del proceso que tuvo lugar en Alemania durante el nazismo puede encontrarse en el libro de Chapoutot, *El nacionalsocialismo y la Antigüedad* (Chapoutot, 2013). Para el segundo sentido dado a la idea de legitimidad debe tenerse en cuenta que esas representaciones son apropiadas por grupos amplios -que, insisto, pueden incluir a intelectuales y funcionarios- no en virtud de sus méritos científicos o académicos, sino por su eficacia a la hora de proponer preguntas que sintonizan con inquietudes extendidas, y respuestas a ellas, aun si son organizadas de un modo que no resiste la crítica realizada en los términos de la investigación histórica formalizada.

Ustedes preguntaban por el factor que dotaba de legitimidad a las representaciones del pasado y también sobre el condicionamiento que el pasado impone a sus usos; si no escrito en piedra, al menos en arcilla, de modo que no se puede manipular del todo. Tiendo a pensar eso, pero también reconozco que hay casos que desafían esta posición, como el que analiza Chapoutot. Al mismo tiempo, estoy cada vez más convencido de que lo decisivo se juega en el presente: desde allí se evoca, se investiga, se usa, se conmemora y también se falsea el pasado. Por otro lado, estos interrogantes y estas cuestiones, que han llevado a la publicación de artículos, libros, compilaciones, a discusiones y debates, se abren cuando se empieza a avanzar en estos territorios de investigación y en estas agendas: los "otros" discursos sobre el pasado, su eficacia, el empleo por el poder, la circulación en sectores amplios de población, los vínculos de la historia profesional con el Estado. Creo también que esas discusiones, las tomas de posición y también los estudios empíricos que las nutren y que son las piezas que se

ponen en juego, resultan benéficas para la investigación histórica. Que la hacen, finalmente, menos complaciente y menos satisfecha con sus propios logros, y que eso supone un aporte para mantener la vocación de constituir un saber científicamente construido; ese aporte lo realizan incluso quienes dudan de esa condición. La obligan, en fin, a mirarse en el espejo. Y este ejercicio vale por sí mismo, más allá de que este tipo de discusiones no terminan nunca de saldarse porque, a pesar de referirse al pasado y a las posibilidades y los modos de conocerlo y explicarlo, son tributarias de la situación presente.

Si tuviera que elegir argumentos que me han parecido interesantes sobre estos asuntos, y que comparto en lo fundamental, diría que los de Hobsbawm en *Sobre la Historia* (Hobsbawm, 1998), pero en particular el capítulo XXI, “La historia de la identidad no es suficiente”, a pesar de su excesivamente sumaria crítica al llamado giro lingüístico, y los de Ginzburg en *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio* (Ginzburg, 2010), pero en particular el capítulo VIII, en el que discute precisamente ciertos planteos de Hobsbawm y coincide con otros, son muy productivos, no solo desde el punto de vista estrictamente historiográfico, sino intelectual en sentido más amplio.

E: Una dimensión clave de tus escritos está ligada a la precaución que el trabajo académico debería tener a la hora de analizar los usos del pasado. Nos referimos a la precaución de insertar los usos del pasado dentro de una trama de relaciones sociales donde esos usos del pasado coexisten con otros, pugnando por imponerse en la esfera pública. En otros términos, en tus trabajos vemos una preocupación por restituir el carácter relacional y conflictivo de los usos del pasado, mostrando que ese carácter relacional y conflictivo debe comprenderse como parte de las disputas que los actores libran en el presente. En este marco general quisiéramos consultarte por las precauciones metodológicas o analíticas que el trabajo del cientista social debería considerar a la hora de analizar los usos públicos del pasado.

AC: Ustedes mencionaron antes el libro *Los usos del pasado* (Cattaruzza, 2007), y hemos utilizado en esta charla esa fórmula y otras cercanas, que por otro lado son bastante frecuentes en los estudios históricos de un tiempo a esta parte: usos públicos de la historia (que Habermas empleó en 1986), usos políticos del pasado y alguna otra. Elegí no emplear la fórmula usos de la historia sino usos del pasado, tratando de señalar que los objetos de estudio no solo eran los efectos en el debate público y en la vida cultural del uso de imágenes del pasado organizadas en los ámbitos académicos, sino también de otras producidas fuera de las instituciones de la historia de base universitaria o profesional: partidos políticos, intelectuales, hombres de letras, funcionarios de agencias estatales, maestros, grupos sociales amplios y también historiadores, intervenían organizando y difundiendo visiones de aquello que suponían había ocurrido, y me pareció que evitando “historia” atenuaba la sospecha de que mi investigación abordaría

únicamente trabajos historiográficos en sentido estricto. No sé si el procedimiento fue eficaz, pero ese me parecía un punto importante: no se trataba de un debate librado en los claustros, que luego desbordaba a la esfera pública. Era, en cambio, un proceso en el que muchos actores, que apelaban al pasado de distintos modos y construían representaciones del pasado (no sólo diversas en contenido, sino también en estilo, soportes, públicos anhelados, tipos de discursos empleados), libraban esa puja, ese combate por hacer circular las visiones propias en la sociedad, o si prefieren en el mundo político-cultural. Claro que aquello que se usa no es "el pasado", sino alguna representación de él que debe poder ser comunicada de alguna manera. Por otra parte, como ustedes decían, me parece importante concebir este proceso como uno de lucha, de competencia, por construir y difundir representaciones del pasado en el que pueden estar involucrados todos aquellos actores que mencioné anteriormente. Esas luchas, salvo quizás en coyunturas muy particulares, tienden a ser dispersas, fragmentarias, con cadencias cambiantes; diría que es la excepción el combate claro entre dos y solo dos versiones del pasado. Quizás uno de estos momentos comience a abrirse en la Argentina en la actualidad en torno a la última dictadura militar, pero involucrando también a los años setenta e, incluso, multiplicando el juego de espejos, a las interpretaciones que de aquellos asuntos se plantearon en los años de democracia, en particular las que sostuvieron políticas de defensa de los derechos humanos. Pero habrá también disputas referidas, por ejemplo, al siglo XIX; puede que sean menos resonantes que las anteriores y no es seguro que las libren bloques idénticos a los que se organizaron para sostener la primera que mencioné.

Ahora bien, enlazando estas cuestiones con la pregunta anterior acerca de los condicionamientos del pasado sobre las interpretaciones posibles y sobre las legitimidades de estas últimas, y para preguntarlo de un modo un poco tosco: ¿cómo saber cuál es la que triunfa, cuál "gana", en el sentido de que logra crear sentido común, ser tomada por "cierta", transformarse en una convicción socialmente extendida y más o menos duradera en el tiempo? Esto no es sencillo: bien puede ocurrir que aquellos triunfos sean efímeros, por ejemplo. Si las versiones del pasado, su éxito y su circulación, dependen, aún en parte, de conflictos presentes, debe tenerse en cuenta que esos conflictos no suelen detenerse; son propios de la vida social. Quizás pueden tener intensidades cambiantes, momentos de baja y de alza, de consensos extendidos o más firmes, pero están allí.

Pongo un ejemplo. Pierre Vilar planteaba, en el año 1966, que la "conciencia nacional admite una medición casi estadística en la universalidad del comportamiento de 1914", en Francia, ante la Primera Guerra Mundial, en un proceso que no era sólo francés. Y agregaba con vocación provocadora que "la escuela 'hizo la nación'; queda por saber quién 'hizo la escuela'" (Vilar, 1966, p. 279). Naturalmente, estos argumentos pueden discutirse, pero se dibuja por detrás la posibilidad de existencia de unas transformaciones estructurales, culturales, identitarias muy amplias y muy profundas. El gran libro de Eugen Weber, que se tradujo al castellano hace muy poco, que lleva el ajustado y feliz título *De campesinos a*

franceses (Weber, 2023), apunta a un proceso cultural semejante; también Hobsbawm en *La invención de la tradición* asumió en parte estos asuntos (Hobsbawm y Ranger, 2002). Ellos podrían ser concebidos como el proceso de construcción de identidades colectivas en clave nacional de fines del siglo XIX, diría que en Europa y América al menos, que supuso un gran proceso de expropiación cultural de grupos sociales subalternos, en el que la escolarización masiva tuvo un papel destacado, junto a otros procesos, como la consolidación del capitalismo, y otras instituciones, como el servicio militar. Es importante tener en cuenta que, en los argumentos de estos historiadores, ese enorme proceso de transformación cultural involucró la apelación al pasado para fortalecer la conciencia nacional, crear patriotismo, y convocó a los historiadores de las universidades, que tendieron a sumarse a ese esfuerzo en tanto investigadores y profesores. Se suponía que Francia -o cualquier otra colectividad- era una nación, entre otras razones, porque los franceses tenían una historia en común; esa era la versión sumaria del planteo que fue victorioso en las filas de la profesión y también socialmente.

Es posible aplicar algunas de estas perspectivas y preguntas al caso argentino; no tanto en lo que hace a los intentos de creación o fortalecimiento de la llamada conciencia nacional a fines de siglo XIX, en el momento de la inmigración de masas, sino en las disputas libradas más adelante, a partir de mediados de los años treinta, a partir de la crítica revisionista a la que llamaron la "historia oficial", en lo que constituyó su mejor éxito. Para usar la misma fórmula a la que apelé: ¿podría plantearse que "ganó" el revisionismo en un sentido semejante al que Vilar le atribuye a la conciencia nacional francesa en 1914? Las diversas versiones revisionistas fueron recogidas por el peronismo luego de 1955, lograron más adelante cierto anclaje en el aparato cultural del Estado, consiguieron con algunas obras éxitos de ventas significativos; podría incluso pensarse que creó cierto sentido común histórico extendido y que se muestra vigoroso todavía en el siglo XXI. Sin embargo, el revisionismo venía a admitir un argumento de sus adversarios: el de la existencia histórica de una nación. Quizás con otros atributos, otros centros simbólicos, otro panteón, pero una nación al fin. Y una nación que venía de algún pasado más o menos remoto, como siempre y como todas las naciones, según el canon.

Ustedes mencionaban también la cuestión de las precauciones analíticas o de método al momento de investigar los usos del pasado; es un tema importante. En principio, considero que son las mismas que deben tomarse al examinar cualquier otra cuestión vinculada a la historia cultural o sociocultural de los imaginarios colectivos e incluso de la historiografía concebida en sentido amplio. Pero debe reconocerse que hay una tensión entre la pretensión de indagar con criterios científicos procesos ocurridos en el pasado que a su vez han apelado, intentado investigar o evocado otros pasados. Porque, además, una vez que se ha asumido que se trata de usos que involucran incluso a la producción académica, ¿por qué razón nuestra propia investigación podría reclamar privilegios? En fin: una de las cosas que habrá que seguir discutiendo.

E: Hay cierta coherencia en cómo analizar las trayectorias personales y el conocimiento histórico en el sentido de que el acontecimiento, la interpretación del acontecimiento, tampoco está zanjado en el origen, está siempre en desarrollo.

AC: Además, esto desborda hacia la historia sociocultural y la historia política renovada. Las identidades colectivas, las culturas políticas, los procesos de atribución de legitimidad a ciertos órdenes políticos o su impugnación son, entre otros, objetos de investigación de aquellas especialidades que reclaman examinar posiciones colectivas ante el pasado, construcciones sociales de él y también esfuerzos por imponer las propias.

Quiero agregar algo sobre la lucha por las imágenes del pasado, vinculado a una pregunta anterior. A nosotros nos impactó mucho el capítulo de Baczko titulado "Solidaridad: una memoria explosiva", en el libro *Los imaginarios sociales* (Baczko, 1999), pero entendíamos que el esquema de Baczko tenía un lado débil. El autor ponía la disputa en el centro del análisis y reconocía los múltiples y variados escenarios en que ella se libraba, pero en ese combate veía enfrentados dos bloques absolutamente homogéneos: los obreros y campesinos polacos, católicos y anticomunistas, y el Estado estalinista. Esto es un problema, porque las luchas políticas y sociales no suelen ser libradas por ejércitos ordenados y formados prolijamente en fila; incluso cuando hay enfrentamientos militares, existen zonas de contacto, transacciones y también pequeñas batallas, escaramuzas limitadas, disputas más menudas pero continuas por otorgar sentido al pasado, que involucran a actores menos monumentales. De tener que elegir un modelo, un patrón para los combates por el pasado, pienso que este, el de las batallas dispersas, discontinuas, con escenarios múltiples y relativamente acotados, debería ser el punto de partida para el análisis. Luego, si la evidencia empírica demuestra que actores y luchas tienen otras características, habrá que ajustar el modelo. Si se adopta este punto de vista, es muy difícil ofrecer una especie de "historia general" de los usos del pasado para la Argentina o para otros casos; de allí proviene en parte lo dispersos y fragmentarios que suelen ser los índices de las obras que asumen estos temas. Pero también confieso que con *Los usos del pasado*, y en particular teniendo en cuenta que el público que la colección que Jorge Gelman dirigió intentaba alcanzar era uno amplio, mi objetivo era poner en foco que esos combates existen y no tienen una dimensión solo académica, que ellos tienen un costado político, en un sentido amplio del término, que no puede abolirse. En aquella ocasión no me preocupaba tanto explicar cuáles fueron todos los combates o quién los ganó, sino insistir en que ellos existen, que están allí.

E: Retomando esta idea y volviendo sobre tu propia obra, vemos que, a diferencia de algunas perspectivas sobre la historiografía argentina, tus trabajos sobre los usos del pasado permiten observar que los combates por la historia no tuvieron dos antagonistas claros y omnicomprensivos, sino más bien una polifonía de voces. No obstante, nos

preguntamos cómo pensar la eficacia de las representaciones en torno al pasado que efectivamente construyen mayores consensos o tuvieron más presencia pública. ¿Esto solo respondería a la posición en el escenario de poder o, como sugiere Pierre Nora, a la capacidad de intervención del Estado, que convierte el trabajo histórico en un acto político?

AC: Algo acerca de estas cuestiones comenté anteriormente. Entiendo que hay dos grandes modos de pensar esto. Uno, incorporar las acciones estatales al conjunto de las demás acciones y considerarlas como las que realiza un actor más, que puede tener mayor o menor éxito a pesar de los recursos de distinto tipo con los que cuenta. El otro es que se le atribuya al Estado o a ciertos Estados, en particular a partir de las últimas décadas del siglo XIX, unas capacidades mayores que a los actores extra estatales. Yo me inclino a pensar que la acción estatal es decisiva. No sé si en todos los escenarios, pero al menos en el mundo euroatlántico la posición del Estado es crucial. Desde ya, a través de la acción escolar en tiempo de la escolarización de masas, tal como señalaba antes cuando citaba a Vilar y a Weber; también a través de la acción cultural realizada por los museos y los rituales de conmemoración, del reconocimiento a sectores de los historiadores, de la evocación patriótica durante el servicio militar, de la implantación de monumentos, en fin, lo que hemos mencionado antes. Por eso, pienso que no hay que despreciar el poder de la acción estatal. Ahora bien, Edward Thompson acierta cuando observa que los grupos populares no asumen sin más lo que se les ofrece o se les intenta imponer. No tengo ninguna duda de que hay un proceso de apropiación, de reinterpretación, de atribución de sentido a textos y a prácticas dispersas y muchas veces secretas, de negociación e incluso de resistencia, aunque sea de resistencia, digamos, en diagonal. Nunca hay puro consumo cultural, ya que el ejercicio de interpretación y apropiación transforma los textos que circulan; allí hay producción. Eso también pasa con los textos referidos al pasado, sean libros, discursos de un ministro o de un docente en el patio de la escuela durante un acto patrio. Planteada esta circunstancia, de los actores que yo he examinado, el Estado es uno muy poderoso que debe ser atendido particularmente en el análisis. Quizás convenga aclarar, en este punto, que tampoco el Estado puede pensarse como absolutamente homogéneo; es más preciso pensarlo como un complejo de reparticiones y oficinas con lógicas, culturas institucionales y recursos materiales diversos, así como niveles jurisdiccionales distintos, sobre todo en el caso argentino y en el área de educación.

E: Otro de los elementos que aparecen a lo largo de tus textos refiere a la distancia que los científicos sociales deberíamos mantener con nuestro objeto de estudio, en este caso, la construcción de memorias y los usos del pasado. Uno de los temas que nos interesa abordar es el rol que pueden ocupar los científicos sociales por fuera del campo académico; por ejemplo, participando en movimientos sociales que pugnan por

disputar ciertas representaciones sobre el pasado o participando a requerimiento de la justicia del esclarecimiento de crímenes cometidos durante el terrorismo de Estado. En suma, nos interesa preguntarte por los modos en que instauramos ese límite, cómo habitar ese espacio de diálogo donde las voces de las víctimas y las de sus familiares se cruzan con las voces de los científicos sociales. En este punto, creemos necesario volver sobre la crítica que realizás a la supuesta autonomía del campo académico; autonomía respecto al campo político.

AC: Otra pregunta crucial y decisiva. En principio, quiero hacer una observación: muchas de estas cuestiones, que considero muy importantes, no admiten a mi juicio respuestas definitivas, ni tampoco pueden ser investigadas tal como investigamos otros temas, otros problemas, dado que remiten a asuntos de valores, axiológicos, de visiones del mundo que nos resultan preferibles a otras, sea porque proponen horizontes de mayor justicia o igualdad, o en cambio unos más jerárquicos, tradicionales y poco afectos a los cambios. Son estas cuestiones sobre las que conviene volver muchas veces. Pongo dos ejemplos, tomados de la pregunta que me hacen. En primer lugar, nos planteábamos la intervención de los científicos sociales fuera del campo académico. Mi postura, planteada rápidamente (aunque, como decía, son temas para seguir discutiendo) es que el sentido de esa intervención no estará dado por nuestra condición de científicos sociales profesionales, sino por nuestra perspectiva, digamos, ideológica, por nuestra visión del mundo si prefieren. ¿Esto significa impugnar la dimensión científica de la tarea del historiador o del sociólogo? En absoluto: significa no pensar este problema del modo en que lo pensaban muchos historiadores de fines del siglo XIX, quienes afirmaban que su tarea era una que devenía de su condición intelectual o profesional: contribuir a conquistar almas para la nación, crear patriotismo de masas, como si tal cosa fuera natural y además formara parte del quehacer "espontáneo" del historiador. Una concepción que llegaba a plantear la coincidencia entre la "verdad científica" y la "verdad patriótica", como se planteó en ocasiones. El aprecio de ciertos horizontes para la sociedad (la igualdad, por ejemplo) no deviene de mi condición de historiador, sino de una posición fundada en otras razones y construida en otros ámbitos. Permitan que apele a ejemplos conocidos: en Italia hubo historiadores que formaron en la oposición liberal al fascismo, como Croce; otros que se incorporaron a las organizaciones liberal-socialistas o democrático-radicales, como Salvemini; y algunos más que adhirieron al fascismo, como Volpe. Suele admitirse que eran, hacia fines de los años veinte, tres de los más destacados historiadores italianos y no veo que hayan traicionado esa condición al haber adoptado una opción política u otra. Y también grandes historiadores fueron fascistas y luego dejaron de serlo. Los ejemplos, claro, que podrían multiplicarse y referir a otros ámbitos nacionales. Ese tipo de tomas de posición, a mi modo de ver, no estaban fundadas en la profesión que ejercían, ni del tipo de ciencia social que practicaban, ni de qué tonos tenía esa práctica. Se jugaba en otros planos. Piensen, si prefieren, en las distintas respuestas de

Bloch y de Febvre ante la ocupación, siendo que ambos habían compartido muchas notas de un modo de comprender nuestro oficio y el deseo de impulsar una “pequeña revolución intelectual” con *Annales*. Peter Novick, a quien volveré a mencionar, señaló que, en Estados Unidos, “en las primeras décadas del siglo XX, el trabajo más profesionalmente logrado sobre la Reconstrucción -saludado por la profesión como el más objetivo, el más equilibrado, el más justo- fue perversamente racista” (Novick, 1997, p. 27).

La segunda observación que quisiera hacer se vincula a que estas cuestiones, que pueden suscitar (en el ejemplo que ustedes usaban) la convocatoria judicial en tanto especialistas a participar en los juicios por crímenes cometidos durante el terrorismo de Estado, se plantean con más frecuencia en franjas generacionales distintas de la mía, más jóvenes, que en líneas generales son las que han impulsado los trabajos de historia reciente, logrando no solo conquistar legitimidad institucional sino transformarse en uno de los campos de investigación más frecuentados y más dinámicos en la historiografía argentina actual. El tema de los desaparecidos, el de la represión y el de los juicios, todavía en curso y más cercano, eran previsible para quienes se dedicaban a ella. En cuanto a mi propia experiencia, salvo algunos trabajos referidos a la historia de la historiografía reciente -que está un poco alejada de aquellas otras cuestiones y desafíos que ustedes mencionaban-, publiqué un artículo en el que se me plantearon tan crudamente estos asuntos. Era un trabajo que se llamaba “El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta”, publicado en 1997 (Cattaruzza, 1997). En ese artículo, mi apuesta era subrayar que la atención puesta por la producción disponible por entonces, que solía concentrarse en la lucha propiamente política y en la cuestión de la violencia, opacaba otra serie de cambios de índole sociocultural que tenían mucha importancia, y que debía prestarse atención a la condición juvenil de los actores de unos y otros procesos. El artículo volvió a publicarse en 2008, esta vez en *Lucha Armada*. En la presentación de esa segunda versión argumenté que, en los once años que mediaban entre una y otra versión, había participado más activa y sistemáticamente que hasta entonces en tareas que llevaban adelante organismos de derechos humanos. En el cruce de mi intento de indagar aspectos de los años setenta, y esa actividad más intensa en derechos humanos, se me hicieron muy evidentes las diferencias entre el tipo de tarea intelectual que una y otra tarea reclaman, y de sus resultados. Dos modos de reconstruir el pasado, dos productos que son el resultado de ellos, dos objetivos para esas dos tareas, incluso dos preguntas de distinto orden. Mi parecer es que el discurso memorial tiene su propio objetivo, reparar, evocar, restaurar, que es valioso en sí mismo. Cuando trabajo en ese registro, estoy eximido de la obligación de intentar explicar o de comprender si se prefiere, que el científico social sí tiene; esta obligación, desde ya, no va a devenir en lo que solía llamarse objetividad en otros tiempos. Sigo creyendo que conviene tener en cuenta esas diferencias, aunque no conozco protocolo metodológico cuyo empleo garantice la distancia necesaria con respecto al objeto de estudio.

Y, volviendo a la pregunta, el de la autonomía es un gran tema en la historia y la sociología de las profesiones, que en parte es lo que la historia de base universitaria es, una profesión, aunque peculiar. Su examen es también una vía para realizar un ejercicio al que los historiadores somos poco afectos, según han advertido críticamente David Cannadine y Peter Novick, entre otros, que es aplicar los mismos criterios que aplicamos a otras comunidades científicas, profesiones, campos, disciplinas, cuando nos estudiamos a nosotros mismos. No es el lugar para un planteo en regla del asunto, pero ganaríamos en el análisis de cómo funciona el mundo historiográfico si se asumiera una perspectiva que explorara los problemas de la autonomía, los de su condición relativa y los de su utilidad para dar cuenta de ciertas realidades. Porque ella incluye una pregunta muy básica pero perturbadora que algunos de quienes se dedican a estos asuntos, teniendo en su horizonte de análisis otras profesiones, han formulado: ¿qué tipo de autonomía es esta que necesita el reconocimiento del Estado? Claro que abolir la pregunta e imaginar que somos bellas almas desinteresadas por todo aquello que no sea el puro y noble combate de ideas es más cómodo y tranquilizador.

E: Alejandro, has historizado la constitución del campo de los estudios sobre la memoria en la Argentina, dando cuenta de la centralidad que ocuparon los estudios ligados al terrorismo de Estado. Una centralidad que se produjo en determinado momento, ya que en sus orígenes dicha problemática no era central. En ese marco, los trabajos como los tuyos, referidos a otras memorias, a otros usos públicos del pasado son, si nos lo permitís, una rareza, una excepción. Ahora bien, creemos que durante los últimos años -y tal vez esto esté ligado a esta cuestión generacional que mencionaste anteriormente- la agenda de temas y objetos de estudio dentro del campo de los estudios de la memoria se han ampliado. ¿Considerás que esto es así? Si es así, ¿cuáles serían las áreas o líneas temáticas que identificás como más sólidas y promisorias? Te hacemos esta pregunta por los temas que estudiamos al interior de nuestro proyecto de investigación, donde el análisis sobre los usos públicos del pasado y la construcción de memorias no ha estado ligado, única y centralmente, al terrorismo de Estado. En suma, vemos que trabajos como los tuyos se han enfocado en una temática que no ha sido central en la constitución de ese campo, pero que sin embargo dialoga con él, utiliza perspectivas teóricas y categorías analíticas, etc.

AC: Para ordenarme, comienzo por señalar que coincido con ustedes: el campo de los estudios sobre la memoria se ha ampliado en los últimos tiempos en varios frentes. De todas maneras, cabe preguntarnos si esta expansión se debe a que un porcentaje mayor de los historiadores o de las investigaciones se dedican ahora a estos temas o si, en cambio, esa expansión es fruto del crecimiento demográfico del conjunto de la disciplina: más carreras de historia, más revistas, más plazas -en términos absolutos y por agregación- en el sistema de investigación, etc. Podría intentarse un estudio formal sobre estos asuntos.

Ese campo de los estudios sobre la memoria, puede admitirse, incluye algunos objetos de estudio y alguna técnica o recurso más vinculado al método: usos del pasado, usos de la historia, estudio histórico de las memorias colectivas e historia oral. Quizás habría que agregar aquí la historia reciente, e incluso esa historia de la historiografía ampliada, renovada, de la que hablé antes. Desde ya, las fronteras son inciertas y cambiantes, y cabría pensar si no hay que desagregar aún más –por ejemplo, los estudios sobre agencias estatales como los museos, sobre las políticas de patrimonio, sobre las conmemoraciones, entre otras, que en el esquema que mencioné quedarían ubicadas en el título usos del pasado o de la historia–, pero ese conjunto puede ser un punto de partida para el examen. Si usamos este criterio, creo que efectivamente la agenda de temas abordados por quienes se ubican en este campo se ha tornado más amplia y también más diversa.

Mi opinión es que, en los momentos más tempranos, dentro de ese conjunto, la historia oral convocó un número significativo de voluntades; aunque no sea necesariamente su objeto central, los vínculos con las memorias son evidentes. Estoy pensando, por ejemplo, en los trabajos de Dora Schwarzstein que no estaban centralmente dedicados al período del terrorismo de Estado. Los de Pablo Pozzi, en cambio, sí tendían a tomar esa etapa. Tendría que confirmar algunos datos, pero si uno se ubica a fines de los años ochenta, prácticamente lo único que encuentra es lo del Instituto Di Tella de comienzos de los setenta, que es más bien una serie de entrevistas a dirigentes e intelectuales de cierta visibilidad en los años treinta y el peronismo, el programa de historia oral de la UBA y alguna iniciativa del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires. Algo después comienzan los encuentros nacionales de historia oral, a principios de los años noventa, y la Asociación, ya luego del 2000. A eso cabría sumar los distintos programas de historia oral organizados en algunas otras universidades. La expansión de la historia reciente, cuyo ritmo se aceleró en segunda mitad de los años noventa, contribuyó a que el conjunto de especialidades quedara orientado hacia los años setenta y la dictadura, y allí hacia la violencia política y el terrorismo de Estado. Esas tendencias se cruzaron luego con los movimientos que, proviniendo de los estudios de historia de la historiografía, buscaban ampliar el horizonte de investigación, atendiendo a los procesos de profesionalización de la historia y también a la producción que no se afincaba en esos ámbitos institucionales; estos trabajos no se ceñían al período dictatorial o, al menos, no estaban obligadas a hacerlo.

A mi juicio, ese conjunto de líneas de investigación se ha ido asentando, proceso que no es exclusivamente argentino. Una fuente que podría revisarse para dotar a este planteo de cierta base empírica, siempre que se la combine con otras –tesis doctorales, artículos en revistas, seminarios y cursos de doctorado, por ejemplo– son las actas de las Jornadas Interescuelas. La mesa que organizamos con Andrés Bisso y Daniel Lvovich, heredera de una previa que coordinábamos con Alejandro Eujanian que debió modificarse al cambiarse la reglamentación de las jornadas, se viene realizando desde hace casi veinte años con el nombre de “Usos del pasado”. Es una mesa cuya denominación deriva de la voluntad de abrirla a

temas que excedieran a aquellos que estuvieran estrictamente vinculados a la historia de la historiografía, en el sentido tradicional del término. Pero es muy posible que temas próximos se estén trabajando en otras mesas y con otras denominaciones.

El balance de un conjunto tan amplio no puede ser más que aventurado e injusto, pero en un nivel de generalización alto, diría que quienes nos dedicamos a algunos de estos asuntos fuimos beneficiados por fenómenos ocurridos un tiempo antes en la historiografía europea y norteamericana, cuando varias de estas especialidades se consolidan, se dotan de bases institucionales, conquistan reconocimiento en los ámbitos universitarios y, en algunos casos, logran éxitos editoriales importantes. El caso de Nora y *Los lugares de memoria* es quizás el más conocido, pero en absoluto es el único.

También debo reconocer que, junto a las proximidades, ambas versiones del proceso de expansión de los estudios de este tipo exhiben diferencias, además de la circunstancia ya mencionada de los distintos ritmos: el proceso en su versión europea y norteamericana comenzó en una coyuntura historiográfica que era la de la nueva historia, la cuarta generación de Annales y, en clave norteamericana, quizás la nueva historia cultural. Fragmentación de los objetos de estudio, consideración de actores colectivos diversos de los que se habían tenido en cuenta en la etapa anterior, búsqueda de las estrategias con que los sujetos intentaban atemperar las restricciones estructurales, clima de "asedio" a la historia por parte del relativismo, el posmodernismo y el giro lingüístico, entre otros rasgos, y también cierto distanciamiento de la intervención y el compromiso político, aunque quizá esto último no valga con precisión para los estudios sobre la Shoah ni para las polémicas alemanas de primera mitad de los años ochenta. En la Argentina, por efecto de la referencia al terrorismo de Estado y del perfil generacional de muchos de los investigadores que se dedican a la historia reciente y a la memoria, la carga política sigue muy fuerte y muy activa, muy en primer plano.

Finalmente, ustedes preguntaban por las líneas de trabajo más sólidas y prometedoras, y aquí es donde se pueden cometer las injusticias, que de existir suelen tener orígenes diversos: límites de información sobre trabajos en curso, preferencias fundadas en el gusto, intereses que cambian... Es además un área tan amplia que sólo puedo señalar aquellas que hoy me parecen más consolidadas, con los límites de los que hablaba recién. Un movimiento que no es exclusivo del área de investigación en cuestión es el desarrollo de investigaciones a escala provincial o regional, algunas que incluso trabajan sobre rangos temporales amplios. El fortalecimiento de los núcleos de investigación en muchas universidades del interior, acompañado en ocasiones por el implante de grupos vinculados al CONICET, favorece ese movimiento. Se cuenta desde hace unos años con tesis de posgrado sobre intelectuales, memoria e identidades colectivas en espacios provinciales o territoriales, sobre cultura histórica y construcción de identidad en el ámbito de una ciudad, sobre la tensión o el enlace entre acciones de reforzamiento de la identidad nacional y de identidad local, sobre ciclos conmemorativos, por ejemplo los de los Bicentenarios, museos y monumentos, sobre las búsquedas de imaginarios nacionales

fundados en pasados diversos de los hegemónicos, o sobre las disputas por los sentidos otorgados a las efemérides en un contexto de cambios políticos a escala local. Hace ya diez años, la existencia de esa producción ameritó la presentación de un dossier titulado “El pasado de las provincias. Actores, prácticas e instituciones en la construcción de identidades y representaciones de los pasados provinciales en la Argentina entre la segunda mitad del XIX y la entreguerra” (Eujanian, 2013), que compiló y prologó Alejandro Eujanian, y fue publicado en la plataforma del *Programa Interuniversitario de Historia Política*.

He tenido en cuenta sólo la producción dedicada a historia argentina o latinoamericana; sin embargo, es posible que en zonas de la historiografía local dedicadas a historia contemporánea europea, por ejemplo, también existan iniciativas que se dediquen a este tipo de cuestiones.

E: Para ir cerrando la entrevista, nos interesaría retomar parte de lo conversado en función de un ejemplo. Una porción del debate historiográfico que tuvo lugar en Europa durante el siglo XIX -más tardíamente en América Latina y en la Argentina- giró en torno a cómo se constituyeron ciertos sentidos, ciertas representaciones sobre la Nación. Si bien allí no hubo un discurso unívoco, podemos afirmar que de ese proceso salieron victoriosas algunas tradiciones, algo que se ve claramente en la expresión de Vilar cuando afirma que “ganó la escuela”. Ese discurso nacional condensó sentidos, representaciones, que, si bien fueron puestas en entredicho, constituyeron un sentido común extendido. Ahora bien, después del Holocausto, después de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo en los ‘60, ‘70 y ‘80, como revisa tu texto sobre la historia de las memorias (Cattaruzza, 2012), hubo una historiografía y una serie de políticas de Estado que condensaron un sentido connotado sobre los crímenes del nazismo, sobre los genocidios, sobre el terrorismo de Estado, sobre las violencias represivas, etc. Hubo y hay políticas estatales al respecto, planes educativos, actos conmemorativos, monumentos. En suma, existió y existe una pedagogía monumentalista sobre dichos procesos. Sin embargo, en la fotografía actual, no estaríamos seguros de afirmar que la escuela haya ganado esa batalla. Lo que tenemos es la emergencia de nuevos discursos que niegan o cuestionan algunos de los sentidos que le otorgamos a esos pasados violentos. Y si bien no sabemos dónde termina este proceso, no avizoramos un horizonte agradable. ¿Cómo pensar estos procesos en términos de usos públicos del pasado, en un momento donde los discursos y las prácticas que condenan aquellas violencias no parecieran ser eficaces, a diferencia de lo sucedido con la historia nacional?

AC: Intento una respuesta muy amplia, que no distingue entre escenarios europeos y latinoamericanos, y dentro de esas agrupaciones, entre los casos nacionales. Puede que ese sea el mecanismo, pero más allá de eso, lo que sí considero evidente es que algún fenómeno de ese tipo puede ocurrir, si es que no está ocurriendo ya. En cuanto a la Argentina, es quizás

muy temprano para afirmar que se ha entrado plenamente en una etapa que exhiba esos rasgos, pero en estos últimos años, tal vez a partir de la pandemia y la cuarentena, ha sido más intensa la circulación de algunos argumentos -sobre el pasado y sobre el presente- que estaban acotados hace un tiempo. No solo en torno a los derechos humanos en el sentido más duro y tradicional, sino que también parecen estar amenazados otros derechos que se habían conquistado, y que parecían haber tenido un consenso social amplio poco tiempo atrás. Es innecesario hacer la lista, pero guillotina, alusiones al Falcon verde, intento de atentado a un alto cargo político, resultan prácticas y piezas tomadas de un repertorio que no estaba en primera línea desde hacía tiempo, aunque hubiera grupos que siguieran apelando a alguna versión de ellas.

Por otro lado, solemos olvidar que el movimiento siempre es del presente hacia el pasado; si, como planteaba Orwell en su cita tan conocida y utilizada, "quien controla el presente controla el pasado", es de suponer que si cambia el presente "cambia" el pasado, o para evitar el retorno a la cuestión de la arcilla y la piedra, cambia aquello que hoy nos importa o consideramos relevante, horroroso, heroico, repudiable de él. Ese olvido impide registrar algo que también habría que tener en cuenta, y que alguno de ustedes señaló en una mesa redonda que compartimos hace un tiempo: la enseñanza en la escuela de lo ocurrido durante el Holocausto, o durante el terrorismo de Estado en la Argentina, o las políticas de conmemoración, las de organización de sitios de memoria en los centros clandestinos de detención, son imprescindibles, pero no son suficientes para impedir que surjan posiciones políticas que ofrezcan otra interpretación de lo ocurrido o, peor aún, que admitan que ocurrió y lo aprueben. Porque, a pesar de que apelen al pasado, esas posiciones, como todas, se organizan en el presente y dependen de factores actuales. En suma, me inclino a pensar que en presentes donde la disputa política es intensa, el debate sobre el pasado también lo es.

E: En tu producción hay un análisis profundo respecto a la relación que distintos partidos políticos establecen con el pasado. En dicho marco queríamos consultarte sobre cuáles son las continuidades o rupturas que encontrás en los usos del pasado que actualmente llevan a cabo algunos referentes políticos. Por ejemplo, las intervenciones que realizaron durante los últimos meses José Luis Espert o Miguel Ángel Picheto, quienes apelaron a la figura de Julio Argentino Roca y su rol en la denominada Campaña del Desierto para interpelar los conflictos territoriales sucedidos en el sur del país. En la misma línea podríamos pensar las intervenciones de Alberto Fernández quien, al recordar los orígenes de la Nación, señaló que los argentinos descendemos de los barcos. Esto mismo había señalado Mauricio Macri, algunos años antes. Podríamos considerar otras manifestaciones de referentes políticos, quienes han mostrado un claro desinterés, liviandad o incluso banalización del pasado. Por ejemplo, las manifestaciones de algunos funcionarios del gobierno de Macri podrían ser reveladoras: desde la angustia

de los patriotas en alusión a los protagonistas de la Guerra de la Independencia a la consideración de Hitler como la manifestación de una dirigencia que no fue capaz de unir. En suma, ¿cuál es tu impresión sobre estas manifestaciones y el desinterés que muchos representantes políticos muestran sobre el pasado?

AC: He trabajado sobre interpretaciones del pasado radicales, comunistas, socialistas, peronistas y nacionalistas, planteadas en diversas coyunturas. Quizás me esté ganando cierta sensación de decadencia, pero si comparo las interpretaciones del pasado elaboradas en los años treinta o cuarenta con algunas de las que mencionaron, el diagnóstico de la banalización y la liviandad es difícil de rebatir. Es posible que se trate de casos individuales, pero es difícil evitar la idea de una degradación de la discusión política o incluso de un tipo de reclutamiento del personal político que ya no tiene en cuenta... no digo el conocimiento histórico, que nunca estuvo entre las virtudes apreciadas, sino por lo menos el tino a la hora de realizar declaraciones públicas. Responder a la pregunta acerca de con qué situación se compara para plantear una degradación reclamaría una investigación en regla, pero algo de eso creo que hay. De todos modos, entiendo que se están delineando varios frentes de debates públicos sobre el pasado, subordinados al combate político una vez más que, como decía, pueden hacerse intensos: el que remite a la dictadura y el terrorismo de Estado; el referido al destino de las políticas económicas que habrían sido las propias del peronismo clásico y el populismo; finalmente, una más laxa filiación de Javier Milei con la tradición del liberalismo argentino del siglo XIX, que él mismo ejecuta, y quizás los años noventa del siglo XX. Los tonos y el ímpetu de esos debates no pueden anticiparse con precisión, pero, como dije, veo cierta correlación entre la intensidad de la polémica política y la de la referida al pasado. Así, entonces, como en tantas ocasiones, el pasado será escenario de batallas que tienen lugar en el presente; nuevamente, deberemos intentar retener el costado científico de nuestra tarea en medio de una puja en la que muchos vamos a participar, por los temas a los que nos dedicamos.

Bibliografía

1. Baczkó, B. (1999). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
2. Bloch, M. (2001). *Apología para la historia o el oficio del historiador*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
3. Cattaruzza, A. (1997). El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta. *Entrepasados*, 13, pp. 103-114.
4. Cattaruzza, A. (2007). *Los usos del pasado. La historia y la política argentina en discusión, 1910-1945*. Buenos Aires: Sudamericana.

5. Cattaruzza, A. (2012). Dimensiones políticas y cuestiones historiográficas en las investigaciones históricas sobre la memoria. *Storiografia*, 16, pp. 23-43.
6. Cattaruzza, A. (2017). El pasado como problema político. *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, 32(2), pp. 59-78.
7. Chapoutot, J. (2013). *El nacionalsocialismo y la Antigüedad*. Madrid: Abada Ediciones.
8. Eujanian, A. (2013). Dossier El pasado de las provincias. Actores, prácticas e instituciones en la construcción de identidades y representaciones de los pasados provinciales en la Argentina entre la segunda mitad del XIX y la entreguerra. *Plataforma del Programa Interuniversitario de Historia Política*, 33.
9. Febvre, L. (1982). *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel.
10. Ginzburg, C. (2010). *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
11. Hobsbawm, E. (1998). *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica.
12. Hobsbawm, E. y Ranger, T. (2002). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
13. Le Goff, J. y Nora, P. (1978). *Hacer la Historia*. Barcelona: Laia.
14. Nora, P. (2009). *Los lugares de la memoria*. Montevideo: Trilce.
15. Novick, P. (1997). *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana* (vol. 1). México: Instituto Mora.
16. Sempat Assadourian, C., Cardoso, C. F., Ciafardini, H., Garavaglia, J. C. y Laclau, E. (1973). *Modos de producción en América Latina. Cuadernos de Pasado y Presente*, 40. Buenos Aires: Siglo XXI.
17. Vilar, P. (1966). Enseñanza primaria y cultura popular en Francia durante la Tercera República. En L. Bergeron (Ed.), *Niveles de cultura y grupos sociales*. México: Siglo XXI.
18. Weber, E. (2023). *De campesinos a franceses. La modernización del mundo rural (1870-1914)*. Madrid: Taurus.